



El escritor y premio Nobel chino, Mo Yan, en agosto de 2008 ante la puerta de una tetería, en Pekín. / ARTIZ PARRA

LITERATURA / ANNE-HELÈNE SUÁREZ

Recorrido por el universo del Premio Nobel chino que ha forjado una obra mercedora con la máxima distinción de las letras, que recogerá el próximo lunes

El hombre callado

TRIBUNA

Expulsado de la escuela en plena Revolución Cultural y después de varios trabajos desprovistos de perspectiva, Guan Moye (Mo Yan), se alista en el ejército para salir de la pobreza. Ha nacido en 1955, en una aldea de la península de Shandong; pero es en los cuarteles militares donde tiene ocasión de estudiar e impartir clases. También es allí donde escribe, a finales de los años 70, sus primeras obras, aunque el éxito le llegará en 1986, con *Touming de hong luobo (El rábano transparente)*.

El protagonista es un niño de pueblo, en los 60, a quien la miseria y los malos tratos han dejado sin habla. Aislado en su burbuja mental, vive en un mundo de sensaciones fugaces que capta con acuidad y curiosidad. Podemos imaginar que el personaje sugirió al autor su pseudónimo: Mo Yan (莫言, no habla). Pero, jugando con las homofonías que tanto y tan brillantemente a veces ha explotado la literatura china de todos los tiempos, también cabría trastrocar la grafía china convirtiéndola en Mo Yan (墨言, palabras de tinta). En cualquier caso, su éxito como escritor ya no lo abandonaría, particularmente a partir de la novela *Soygo rojo*, que fue llevada al cine por Zhang Yimou.

Según los lectores chinos, la clave de este éxito radicaría en que sus obras reflejan con crudeza la vida de las personas sencillas y denuncian los abusos de las autoridades. Pero los escritores chinos que reflejan en sus obras la vida del pueblo son multitud; las historias que transcurren en los años de la invasión ja-

ponesa, durante la gran hambruna que siguió al Gran Salto Adelante, o las campañas políticas de la Revolución Cultural —épocas en que se ambientan muchas de las obras de Mo Yan— se cuentan a miles. Es de suponer que su notoriedad radique en algo más. La Academia sueca, por su parte, habla de «realismo alucinatorio» y lo compara con sus predecesores en el Nobel Faulkner y García Márquez.

Por elaboradas que estén a partir de la realidad histórica, o inspiradas en leyendas, cuentos del folclore de Shandong, en anécdotas y experiencias propias o narradas por campesinos, sus obras proceden genuinamente de la ensordecedora algarabía de su mundo personal. Un mundo que bulle, estridente y abarrotado, como sucede a veces en los sueños en los que uno, en medio de un raudal de voces e imágenes, se sabe solo. El mismo gurigay apabullador que, prisionero en su cabeza, hizo que de niño aprendiera muy tarde a hablar y que lo convirtió en el hombre callado que su pseudónimo delata.

Como también sucede con frecuencia en los sueños, esos personajes humanos y animales que pueblan su imaginario son recurrentes, y aparecen una y otra vez en sus libros, en ocasiones fundidos unos con otros, o solapados, entrelazando historias de compleja arquitectura narrativa e impregnándolas de fatalidad, de una sensación de impotencia y de soledad.

Es verdad que muchas de esas historias transcurren en contextos muy reconocibles del pasado más o menos reciente de China. Es el caso de las más conocidas (*Soygo rojo*, *Grandes pechos, amplias caderas*, *Las baldas del ajo*, *La vida y la muerte me están des-*

acuidad y la sensualidad de la percepción animal, o en la del niño nacido en un mundo inhóspito; un realismo excesivo y metafórico al tiempo.

Todo ello lo cuenta Mo Yan con un lenguaje—a pesar de los juegos de palabras y los pasajes inspirados en la ópera de Shandong—crudo y desprovisto de florituras, en que casi se masca el polvo y la sal de los campos, casi siente uno en el rostro los cortes de las afiladas hojas en las plantaciones de sorgo o de maiz por los que nos arrastra en volandas, en sus recorridos demenciales, para hacernos presenciar escenas truculentas o tiernas, escatológicas o poéticas, en las que la esperanza no parece tener cabida. Y lo hace con un sentido del humor acerbo, corrosivo, cargado a partes iguales de hiel y de vitalidad.

Por su irreverente combinación de truculencia y picaresca, en Francia ya lo han apodado el *Rabelais chino*, una referencia que no es ajena al realismo mágico que, según afirma el propio Mo Yan, estimuló su inspiración. En su escritura se percibe su complacencia al dar rienda suelta a ese raudal de historias más o menos delirantes, su acritud también, su tristeza, con accesos de entusiasmo casi lúdico que a veces decaen bruscamente en los finales, algunos de los cuales parecen apresurados y al desgaire, como si el niño callado que lleva dentro se hartara del juego que se ha inventado y lo dejara caer para inventar otro; es la sensación que suscita en ocasiones, por ejemplo en *La vida y la muerte me están desgastando*, una de las obras de las que Mo Yan se siente más satisfecho, la que escribió con más emoción, y posiblemente una de las que escribió más rápido, en 43 días. Es evidente que Mo Yan disfruta abriendo las compuertas de ese mundo interior, liberando esa profusa algarabía en que hombres y animales nos cuentan sus alegrías y sus agonías en todos los sentidos de la palabra; y es una última —y una vergüenza— que en español esa algarabía nos llegue mitigada y alterada, a veces difícilmente reconocible, puesto que se encuentra casi exclusivamente en traducción indirecta a partir del inglés.

Refleja con crudeza la vida de personas sencillas y denuncia los abusos de las autoridades

En sus obras aparece ese mundo personal superpoblado por multitud de avatares de sí mismo

Una traducción directa no necesariamente es buena, abundan los ejemplos. Pero una traducción indirecta aleja a la fuerza del texto original, por los verticuetos y sesgos que impone la lengua intermedia, y por las prácticas editoriales de los países correspondientes (a menudo al traducir se modifica o se amputa el texto para hacerlo más fluido y accesible al lector), haciendo que el original a veces resulte irreconocible a pesar de su posible aceptación. Y las razones comerciales que pueden esgrimir los editores a modo de justificación nos alejan lamentablemente de la literatura y de sus autores.

Anne-Hélène Suárez es profesora de Lengua y Civilización chinas en la Universidad Autónoma de Barcelona. Doctora en Traducción y el primer traductor que trasladó directamente una obra de Mo Yan (*Cambios*, Seix Barral) al español.

